Editoriales

Todos igual

LA sanción del comité de competición a los responsables de la trifulca en la final de Copa habrá provocado más de un descontento. Unos, por parecerles excesivo el castigo. Otros, por creer desproporcionada la pena en algunos casos. Y, el resto, por juzgar que se ha metido en el mismo saco a actores con diferente grado de responsabilidad.

Aunque, como ya es sabido, resulta imposible que llueva a gusto de todos, hay algo realmente ejemplar en la decisión del comité de competición: la igualdad en la pena a los culpables de la riña en el Bernabéu. Como no hay víctimas sin verdugo, tampoco hay *tangana* si el personal no devuelve de hoz y coz las patadas ajenas. Y en el Bernabéu no hubo más víctima que el fútbol. Todos los que se enzarzaron a puñetazos y patadas son, en cambio, culpables. Y lo son, además, con la impunidad penal de hacerlo en una competición deportiva. La compensación a esa impunidad debe ser, pues, el castigo federativo.

Ahora sólo falta que todo lo demás, todos aquéllos que no son culpables –jugadores, clubs, aficiones y hasta pueblos–, recuperen la paz de los espíritus y coincidan en que más allá de la anécdota negativa de un enfrentamiento, debe prevalecer el carácter lúdicro y festivo del juego, porque el deporte no debe ser más que un juego.

Adiós a «Pueblo»

EL más importante grupo periodístico de España –una veintena de títulos editados en todas las nacionalidades y regiones– ha bajado la persiana. Un peculiar grupo editorial, único en todo Occidente –a excepción de Portugal–, ha cerrado sus puertas.

El grupo periodístico que desaparece no es otro que el de Medios de Comunicación Social del Estado, nombre democráticamente edulcorado de la llamada Prensa del Movimiento, que estuvo directamente estructurado dentro de la organización falangista. El modelo de una prensa estatal, en una situación democrática, era polémico y la liquidación de tan importante patrimonio

Las cuarenta

Del nacionalismo al populismo

J. A. González Casanova

ME alegra coincidir en gran parte del diagnóstico, lúcido y sensato, que ha hecho sobre las elecciones catalanas mi amigo y compañero de muchos años **Jordi Solé Tura**. Yo me preguntaba hace una semana cuál era la verdadera faz del nacionalismo triunfante y de exportación, y la respuesta que, de momento, considero más convincente es la de este profesor y político del PSUC.

Para **Solé Tura**, es una situación de crisis económica y con una sociedad civil tan desarticulada y con partidos tan débiles como la catalana, los ciudadanos tienden a buscar elementos de identidad colectiva que les permita afrontar –aunque sólo sea, a menudo, ilusoriamente– su aislamiento y su inseguridad. Los *botiguers* y también los trabajadores y otras capas populares se sienten frustrados, inseguros y amenazados. La *nacionalidad* como sentimiento puede más que la *racionalidad* como proyecto, añado yo. Porque los proyectos de la razón aparecen trágicamente inviables. Y en tal caso los signos o símbolos comunitarios (cuanto más personalizados, mejor) cumplen su vieja función de *imaginar* una comunión espiritual que el Estado no consigue transmitir por sí mismo. Con razón, **Solé** equipara el mito del *fem i farem* con el del *cambio*. Y más de uno pensará que, tanto si se llama **Jordi** como **Felipe**, lo que el inseguro hombre de hoy necesita es un símbolo personal como padre e, incluso, madre.

POR otra parte, creo que la llamada *identidad nacional* de Catalunya es algo que desborda hoy el estricto núcleo nacionalista tradicional de signo conservador. Ahora cabe imaginar un populismo catalán en donde el vago sentimiento de *los de casa, los de aquí*, substituya, por más asequible, el sentimiento genérico de españolidad, tan desprestigiado por falta de protagonismo internacional triunfador. Al fin y al cabo todo orgullo nacional se basa en la confrontación victoriosa con otros nacionales no menos pretenciosos.

Pero todo esto revela que la izquierda autonomista y federante, que el socialismo racional y nacional catalán, no pueden hoy, trágicamente, ofrecer posibilidades materiales a las masas inseguras en suficiente medida como para lograr que comprendan el mensaje pedagógico, racional y verdaderamente democrático en que consiste la superioridad moral de la razón sobre el instinto de conservación. Paradójicamente, en momentos de crisis la izquierda es incomprensible e incomprendida.

Tal vez por eso la izquierda española y catalana han entrado en demasía por la vía de la moderación, en el campo de la derecha y han llegado a dejar a su izquierda incluso a la vieja socialdemocracia reformista. Pero al jugar en su campo, la derecha eterna le mete todos los goles que quiere a la izquierda. Y si el resto de España tuviera el recurso simbólico que tantos frutos electorales da el llamado nacionalismo catalán, volvería a los buenos tiempos (casi sin fisuras históricas) en que nadie le arrebataba el poder político. De ahí que Catalunya aparezca hoy como el mejor y más seguro bastión de ese populismo con el que en España se ha pretendido sustituir el poder de un pueblo por fin seguro de sí.

COMO decía en días pasados, la izquierda catalana vive la misma tragedia que la española porque carece de valor para enfrentarse seriamente con las viejas artimañas de la derecha. El esfuerzo que tiene que hacer y el peligro que corre son mayores que los de los resabiados especialistas en ellas, buenos conocedores de lo fácilmente manipulable que es un alma insegura (no en vano sus *intelectuales orgánicos* tienen mucho que ver con la antigua clerecía). Sin embargo, como dice **Solé Tura**, los mensajes de colectividad y de identidad nacional, unidos a los de jerarquía natural y de carisma, no pueden llevar muy lejos para la solución de los grandes problemas. Sólo cuando acabe la comedia ilusionista se comprobará que, como mínimo, era más noble la tragedia. Y no diré nada más sobre esto en mucho tiempo.

J. A. González Casanova. **Catedrático y escritor.**

Cuando usted viaja en clase Club, no se sorprenda si dispone siempre de un asiento libre junto al suyo. O si encuentra una flor en el servicio de su comida caliente, degusta un vino de alta calidad en una copa o vaso de cristal, o aligera el ánimo con un delicioso cóctel de champán. Son sólo algunos de los muchos detalles que le harán apreciar la diferencia de viajar en clase Club de British Airways.

Y ahora usted sólo tiene que pagar por todas estas ventajas una sencilla tarifa de turista normal. Es un detalle más de British Airways. Porque usted no se merece menos. ¿Verdad?

La línea aérea favorita del mundo.

British airways *Club*

Vuele en nuestra clase Club a precio de turista.